

Amistad, esa engañosa palabra

Rachel del Carmen C. Lizarán



Capítulo 1

No sé qué pensarán ustedes, compañeros, pero yo he llegado a la esclarecedora conclusión, de que hay quienes sopesan el valor de la amistad por las concesiones que esta les pueda reportar. Sería beneficioso para las partes que, desde un principio, se establecieran ciertas bases. Conceptos y palabras que se tergiversan, que se malinterpretan intencionadamente muchas veces, más tarde dan lugar a las típicas pataletas de lloros y lamentos. La cosa de poner las cartas sobre la mesa, sería más que nada para que al menos una de dichas partes, no malgastase su tiempo irremisiblemente.

Podría ser algo así como: ¿Vamos a ver, te conformas con quien te aplauda inopinadamente y diga amén a todas tus salidas de tono, aunque la estés cagando? ¿Buscas un lacayo sin criterio que jalée tu autocompasión y que sea tu plañidera particular? O bien, ¿prefieres vértelas con un ser humano capaz de contradecirte, un valiente que te zarandee para sacarte a empujones de ese círculo vicioso en el que se ha convertido la conmiseración desmesurada que sientes hacia ti mismo, y que aliente en tus adentros la determinación de superarte?

Ateniéndome a recientes experiencias de reveladora producción propia, me he permitido elaborar un estudio rudimentario a la vez que descarnado sobre esas complicadas relaciones de amistad truculenta. Aunque imagino que habrá más apartados concernientes a lo puramente material, en mi lista lo suficientemente contrastada he contabilizado como principales cuatro grupos de 'amigos' poco o nada recomendables.

Estos son los más destacados:

Uno:

Los que manejan tan excelente y sofisticada retentiva, que incluso les ha llevado a desarrollar una virtud todavía más admirable: la memoria eidética. Pero eso sí, ambas cualidades han sido cuidadosamente seleccionadas para trabajar a su favor exclusivamente. Es decir, poseen la pericia de un consumado equilibrista para memorizar todo aquello que consideran que hiere su ego; pero casualmente, obvian deliberadamente o en todo caso restan importancia, a los daños que ellos causan a otros.

Dos:

Los que se atrincheran por norma en el victimismo. Esos sí son en verdad especímenes dignos de estudiarse. No solo no atienden ni por descontado escuchan las necesidades del otro, sino que las minimizan hasta hacerlas

desaparecer. Sus problemas son siempre más graves, sus vivencias infinitamente más traumáticas. Son los mismos que huyen despavoridos a la primera señal de complicación que les ataña directamente, en cuyo caso, te insinúan muy educadamente que allá te las compongas con tus conflictos personales con un escueto "cuidate" (que yo conozca, no existe expresión más fría, ni que hiera con más saña, de veras). Es decir, que te las apañes tú mismo; porque, por lo que a ellos respecta, no moverán un solo dedo por ti.

Tres:

Tenemos también la 'fortuna' de contar con aquellos que alardean de conocerte mejor que nadie. ¿He dicho mejor que nadie?, pues me he equivocado, esos te conocen incluso mejor que tú mismo. Son los 'maestros' de la paráfrasis, 'cualificados' profesionales de la exégesis. O lo que es igual: interpretan los textos y las palabras de los demás a su manera, clara y descaradamente afín a sus ideas, conveniencias e intereses. Incluso tienen la osadía de concederte consejos 'acertadísimos' y 'desinteresados', que no les has pedido, y que jamás se han aplicado ni se aplicarán a sí mismos.

Y Cuatro:

Este último grupo, sí es en verdad el azote de tu paz interior, el que pone en serio peligro tu seguridad emocional. Son los amigos que creen a pies juntillas que eres su hombro, su paño de lágrimas exclusivo. Esto es, delegan en ti (incluso la familia del interfecto) las responsabilidades y sapiencias terapéuticas propias de un psicólogo. Se apoyan sobre tu fortaleza (no se molestan en plantearse siquiera, que no siempre es real) con el peso muerto de sus ridículas frustraciones, consecuencia lógica de sus debilidades. Hasta que llega un día, en el que la presión a la que te someten, te resulta insostenible por asfixiante.

Siendo justos y, desde una óptica serena y escarmentada, esas actitudes son del todo comprensibles; porque al fin son humanos, y a la postre inmaduros que basan sus relaciones sociales en el egocentrismo del "yo primero, yo soy el centro de tu universo". Así, echando mano de una pizca de tolerancia y algo de deducción lógica, no es difícil entender que los componentes de esos apartados grupales (pese a que pueda parecer un tópico), no han superado la dependencia materno filiar. De hecho, esa evidente incapacidad para alcanzar la independencia individual, la siguen imponiendo a perpetuidad en sus relaciones de pareja, a sus sufridas amistades y a todo aquél que intente establecer cualquier tipo de vínculo con ellos a lo largo de sus vidas.

No es que pretenda yo (por creerme por encima de las debilidades que, mal que nos pese, nos son inherentes a todos los humanos sin excepción), desmarcarme y salir indemne de la totalidad de los apartados escogidos,

eso sería de una necedad a todas luces injustificable. Me apuesto lo que no tengo, a que sometida a prueba la presente reflexión en un micro cedazo, la materia más gruesa e inservible, superaría con creces a lo escasamente aprovechable. A modo de endeble defensa diré, que el fiero descreimiento que me he puesto por armadura no es gratuito, en cuanto que la sarta de muescas de las decepciones acusadas, labradas a conciencia en el cinturón de mi haber, todavía escuecen de lo lindo. Y, lo que es aun más descorazonador, me temo que esa lista nefasta nunca cesará de incrementarse.

-mdac-

Rachel del Carmen C. L.